



SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORES HONORIS CAUSA DE
RITA LAURA SEGATO Y NORBERTO GARCÍA-CAIRASCO

Universidad de Salamanca, 28 de junio de 2022

 DISCURSO DE LA DRA. RITA LAURA SEGATO

Señor Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca

Excelentísimo Sr. Embajador de la República Argentina

Señora Vicerrectora de la Universidad Pontificia de Salamanca

Señores Vicerrectores y miembros del Equipo de Gobierno de la
Universidad de Salamanca

Ilustres Miembros del Claustro de Doctores

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades

Estimados miembros de la Comunidad Universitaria

Amigas y amigos que hoy me acompañan

Señoras y Señores

Es para mí un honor y una alegría inmensa recibir el Doctorado Honoris Causa de esta Universidad de Salamanca. Agradezco esta distinción que viene de esta universidad tan eminente en el ámbito académico de nuestra lengua y con su historia entre los claustros más antiguos del mundo.

Confieso que la noticia de esta distinción, recibida muy lejos de aquí, en Tilcara, el diminuto pueblo de la Quebrada de Humahuaca donde habito, en el ángulo andino donde mi país se transforma lentamente en Bolivia, me causó perplejidad. Me fue difícil entender cómo desde mi residencia tan remota recibía la llamada nada menos que del Rector de Salamanca, que me anunciaba que recibiría este precioso doctorado de su universidad.

Me preguntaron entonces, a los pocos días, qué significaba este título para mí, e hice un examen de conciencia. No se puede negar que la vanidad nos amenaza, hace un amago por presentarse, y una se preserva y piensa más. Y llega a esta verdadera conclusión: el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Salamanca representa para mí el respaldo a las causas que defiendo, y me protege de las muchas veces en que, por defenderlas, me he visto maltratada e inclusive amenazada en la calle y en la universidad también. A partir de este momento están conmigo, brindándome

amparo, personas a quienes agradezco con palabras que me resultan insuficientes para hacerlo: Ricardo Rivero Ortega, Magnífico Rector de la Universidad de Salamanca; Inmaculada Sánchez Barrios, directora de la Unidad de Igualdad; Susana Durán Velasco, a cargo del Protocolo; el Claustro de Doctores de la Universidad, y, en su nombre, a toda la comunidad Salmantina que, mediante este título, me acoge generosamente en su medio. Espero siempre permanecer a la altura del mismo. Me alienta también incluirme en el precioso linaje de Bartolomé de las Casas, quien muy rápido comprendió y criticó la crueldad de la Conquista sobre las gentes del Nuevo Mundo, y de nuestro héroe de la independencia Manuel Belgrano, quien no concibió la fundación de una sociedad nacional en la que no se dotara a las mujeres y a los pueblos originarios de una posición en la construcción de su historia. Por otro lado, venir a engrosar la fila de las nueve únicas mujeres que me precedieron en este título me parece una misión desafiadora, con la que pretendo cumplir.

Dicho esto, mi tentación es examinar brevemente los porqués y los cómo del viaje de mis textos y dichos en conferencias y entrevistas hasta llegar aquí. ¿Qué los ha hecho depositarios de semejante honra y confianza?

Recuerdo entonces dos grandes narrativas que aproximan a uno de los más grandes exponentes de mi disciplina, la Antropología, con uno de los más queridos Salmantinos, aquél que nos recordó un día, en época tenebrosa y teñida por las sombras de la muerte, la importancia y obligación de defender la vida. Me refiero a Claude Lévi-Strauss y Miguel de Unamuno.

En uno de sus textos más célebres titulado “El Hechicero y su Magia”, publicado en 1949 en la primera edición francesa de su *Anthropologie Structurale*, Lévi-Strauss introduce el tema de Quesalid, un hechicero escéptico, que no cree en su hechicería, es decir, que no cree en su habilidad para curar. Pero, sin embargo, cura. Su cura resulta de que la gente cree en él, le dona su confianza. Es justamente en el entrelazamiento, en la oferta de vínculo de la gente hacia él, que la plenitud de sentido y su resultado, la cura, tiene lugar. En mi interpretación, Quesalid, el que duda de su capacidad y derecho a aceptarse sanador y quizás precisamente por dudarlo, expresa algo que la gente y, como parte de ella, sus pacientes, necesitan ver expresado, puesto en acto, quizás podríamos decir: nombrado.

Años antes, en 1931, Miguel de Unamuno publicaba su novela *San Manuel Bueno, mártir*, en la que también hablará de una eficacia

sin creencia, es decir, sin que el agente del milagro, el sujeto milagroso de un bien, se adjudique el poder de realizarlo. Su poder le es atribuido, no reside en su convicción, siempre modesta y sin pretensiones. Quién sabe, como en el caso de Quesalid, es en esa misma falta de pretensión que se deposita la fe de las personas, cansadas ya de un mundo de simulación e interesada impostura. Yo creo que es precisamente así.

He dicho muchas veces que quien tiene la vocación que, sin pudor, llamo “intelectual” tiene como tarea central la donación de nombres -y uso la palabra “intelectual” así, como digo, sin pudor, porque, como antropóloga, me consta que cada pueblo, por más minúsculo y remoto que pueda parecernos, por más pobre de vida material que lo veamos, cuenta con personas que tienen la inclinación por pensar, la pulsión reflexiva y, con ella, el vicio de dudar. La tarea del pensante es dar nombres a lo que se encuentra en el ámbito de la experiencia de las gentes, lo sentido, lo presente en el campo visual de todo el mundo, pero que aún carece de denominación. El autor es quien va a aportarla y, como a veces la gente me ha dicho, por esta tarea un autor es también un sanador y un perdonador. Alguien que, al explicar, mediante nombres, el origen y la naturaleza de los males, cura y también perdona, en el sentido de que muestra que aquello que pensábamos como un mal

anómalo, privado, encapsulado en lo individual, es un mal colectivo, compartido, conocido por muchos, pero que aún carecía de la palabra que permitía socializarlo.

Todo autor es un Quesalid y un Manuel Bueno, anda como puede por el mundo con sus palabras haciendo milagros aún a veces sintiéndose un impostor. Si recibe la fe de quienes lo leen, es sorprendido y agradece, como yo, en este momento. Pero sigue dudando, sin remedio, de sus dones.

Autor es alguien a quien se le otorga el crédito. Así lo siento. Y este reconocimiento es una atribución de autoría y una autorización a ocupar una posición de autoridad -todas palabras claramente emparentadas por su etimología-, un mandato y una investidura que no entiendo sino como una misión y una gran responsabilidad.

Y responsabilidad dentro del campo de las Humanidades, el conjunto de disciplinas en que mi labor se inscribe. Disciplinas que, lejos de ser las más frágiles y poco relevantes, como muchas veces las agencias que distribuyen los recursos de investigación nos quieren hacer creer, son extraordinariamente potentes, pues, con su tarea de dar nombres organizan la experiencia colectiva, sientan la grilla de la visión de mundo de una época y formatean la dirección

futura de la historia. Ellas son las disciplinas que dan forma y diseño a la realidad y, por eso, tienen la capacidad de orientar el camino de las gentes hacia un horizonte más benigno.

En Salamanca, a 28 de Junio de 2022

Profa. Rita Laura Segato